

El Papa en mi ciudad
P. Fernando Pascual
4-11-2010

Hace más de 30 años, cientos de niños recorríamos las calles de Barcelona con huchas. Pedíamos el dinero necesario para terminar la construcción de la torre número 8 de la Sagrada Familia. A quienes daban su donativo, les poníamos una pegatina con la silueta del templo y una frase en catalán: “Saran vuit, oi que sí?” (“serán ocho, ¿verdad?”).

La Sagrada Familia ha sido, y es, una obra colectiva. Por eso, pequeñas ofertas se convertían en piedras con las que se levantaba un templo poco a poco y que en mi niñez no se sabía exactamente cuándo iba a llegar a su fin.

Ver en este mes de noviembre de 2010 a Benedicto XVI que visita Barcelona para consagrar aquella iglesia ya madura, causa una alegría especial para los que dejamos hace tiempo de ser niños. El dinero recogido por muchos “nens” en Barcelona, y la contribución de tantos cientos y cientos de personas, hacen realidad un sueño.

Es cierto que una iglesia (la Sagrada Familia, además, se convierte en Basílica) tiene un valor intrínseco en cuanto monumento y según cánones de belleza artística que corresponden a una época concreta. Pero es mucho más cierto que una iglesia nos pone ante el misterio de la presencia de Dios en la historia humana.

Es un momento para dar gracias a Dios, a Gaudí y sus colaboradores, a los barceloneses, a tantas personas de Cataluña, a amigos de otras regiones de España y del extranjero. Es un momento para mirar las torres, las fachadas, la nave central, y reconocer que estamos en un lugar de fe, de oración, de esperanza.

Barcelona vive un momento de alegría. Ahora sabemos cómo entre todos podemos llevar adelante proyectos grandes, que valen como testimonio de las convicciones de muchos hombres y mujeres para quienes Jesucristo, el Hijo de Dios, quiso tener una Familia, y mostró al mundo el camino que lleva al encuentro definitivo con el Padre de los cielos.